

convencidos de sus crímenes, del que es suficiente recoger sus líneas finales para apreciar el estilo en que está redactado:

«La sangre me hierve en las venas y mi indignación quisiera comenzar a escribir de nuevo tiñendo la pluma en hiel de dragones. ¡Dignos vasallos del Rey José, vuestra moderación nos insinúa la legitimación de sus derechos al trono de San Fernando! Id, pues, moderadísimos señores, seguidle en su destierro y formad la corte de vuestro imbécil Sardanápalo... Todo lo perdisteis... Dejaos de importunarnos con vuestros roncós y destemplados quejidos. El Rey lo dijo: será... Anatema sempiterno a los famosos traidores refugiados en Francia y convencidos de sus crímenes» (8).

Por lo que pudiera corresponderle en esta universal condena, y deseoso de regresar lo antes posible a España, Santander decide replicar desde su destierro en Montpellier con una doble carta, al propio autor de *Los famosos traidores* y al comendador de los mercedarios calzados en Valladolid. Es el 24 de octubre de 1814. Y da comienzo así una áspera polémica, reflejo ideológico de esta primera emigración de un cuantioso número de españoles por razones políticas, que ha quedado minuciosamente recogido en la ulterior respuesta de fray Manuel Martínez a Santander (*Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traidores refugiados en Francia*; por la Imprenta Real; Madrid, 1815), y en la publicación final por éste de unas *Apuntaciones para la apología formal* de su conducta religiosa y política, en 1817. Son sus sucesivos pasos:

a) las dos cartas del padre Santander, desde Montpellier, en los días 24 y 25 de octubre de 1814, al autor de *Los famosos traidores* y al comendador del Convento de la Merced Calzada de Valladolid.

b) la doble respuesta de fray Manuel Martínez a ambas, más extensa la segunda, que con sus ciento veinte páginas constituye el núcleo de los *Nuevos documentos*. Lleva fecha de 14 de febrero de 1815.

c) finalmente, la nueva contrarréplica de Santander, también de extensión superior a las cien páginas, en que bajo la forma literaria de cuatro conversaciones entre el obispo—prudente, pero que va perdiendo una supuesta paciencia—y un español emigrado, muy crítico, se busca poner en ridículo al mercedario.

En líneas generales, el tono es extremadamente agrio y las acusaciones personales contadas veces superan la categoría del insulto. Tal vez pudiera salvarse la carta al comendador de la Merced, en que

(8) F(RAY) M(ANUEL) M(ARTÍNEZ), M(ERCEDARIO) C(ALZADO): *Los famosos traidores refugiados en Francia, convencidos de sus crímenes, y justificación del real decreto de 30 de mayo*. Madrid, 1814, p. 20.

Miguel de Santander invoca la tradicional amistad entre capuchinos y mercedarios, airea la amenaza de posibles críticas desde París, y en definitiva, acaba por solicitar su separación de las acusaciones contenidas en el panfleto de Martínez.

Este recoge la invitación, pero para cargar aisladamente contra el antiguo misionero, en base a su servilismo como obispo hacia los invasores. Casi siempre en términos menos respetuosos que los del párrafo siguiente (9), que por lo demás resume en forma adecuada sus argumentos:

«Cuando S. I. evangelizaba el reinado de José y napoleonizaba en sus sermones, dejando muy atrás en sus lisonjas al mismísimo Senado de París, miles de capuchinos, con la espada, con la pluma y con la palabra, lidiaban gloriosamente en defensa del Rey, de la Religión y de la Patria. ¡Y entonces escribía el P. Vélez! ¡Qué contraste!»

El fogoso mercedario se declara a sí mismo más sabio y mejor religioso que Santander, censura uno por uno sus actos durante la ocupación—especialmente su entrada en Zaragoza, sus copiosos sermones y la toma de posesión en Huesca—, negando todo carácter fortuito a los mismos y, de pasada, disfrazando de patriotismo su pasajera adhesión al «erróneo» bando constitucionalista. A fin de cuentas, Santander no era para él sino uno más entre los Azanza, Caballero, O'Farril, Estala, Meléndez Valdés, Gómez Hermosilla, Amorós, etc. Concluía la carta anunciando su viaje a Roma, pertrechado de sus documentos y de informaciones privadas, para hacer perder a Santander su dignidad de obispo y reducirle a simple fraile:

«Dirijo mi viaje—amenaza Martínez (10)—por Zaragoza y Huesca, recojo firmas de los más abonados testigos de vista; los documentos que existen en la secretaría de Cámara, por los que consta haberse declarado S. I. único gobernador y juez a virtud de un decreto de Suchet; haber declarado vacantes las prebendas sin citación ni juicio; haberse titulado en sus títulos y licencia Obispo de Huesca y arzobispo electo de Sevilla... Llevo conmigo el tomo de sermones impresos en Huesca y las gacetas de Madrid y Zaragoza. Vuelo, ya estoy en Roma.»

La primera actitud de Santander debió de ser de preocupación y asombro; de ahí la relativa moderación de sus primeras cartas. «¿Es posible, decía yo, que tantas y tan enormes calumnias se han escrito, se han impreso y se han divulgado por un hombre racional contra

(9) FRAY MANUEL MARTÍNEZ: *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traydores refugiados en Francia. Respuesta de... a la carta que desde Montpellier le escribió el ilustrísimo señor Santander, obispo auxiliar de Zaragoza*. Madrid, 1815, p. 11.

(10) *Ibidem*, p. 166.

sus semejantes, ...por un religioso contra tantos españoles respetables?» (11). Pero más tarde recurre a sus mismas armas, acusándole de lector de Voltaire, Rousseau y Despreaux, de ser «loco furioso», «inmoral y desvergonzado», incluso de acompañar señoras durante la ocupación francesa de Valladolid; pero sobre todo de ser primero francés, luego constitucional y, finalmente, «aspirando a ganar la palma entre los escritores zotes y exaltados al momento en que se declaró triunfante el partido servil» (12). Según confirmaría el anónimo editor de las *Apuntaciones*, el mercedario aparece como un hombre que sólo busca con sus escritos una mejor situación: así, después de seguir siempre al grupo vencedor, «viendo por último que al tiempo del feliz regreso del rey don Fernando VII al trono se mantenían desterrados en Francia los secuaces del gobierno del usurpador y salían para presidio los constitucionales de Cádiz, discurrió con buen suceso que su fortuna estaba hecha llenando de improperios a unos y otros» (13).

Envuelta en invectivas de este género, endereza Miguel de Santander la propia defensa y la de los afrancesados en los términos de que la fidelidad presente al rey Fernando no queda desvirtuada por una elección política que, en su momento, estuvo plenamente justificada:

«Cuando las circunstancias cambiaron esencialmente —explica (14)— y volvió al trono el Rey D. Fernando, no ha habido españoles más prontos a renovarle la obediencia y fidelidad debida que los refugiados en Francia. ¿Pero cuatro o cinco años antes? ¿Cuando empeoraba cada día el semblante de los negocios miserables de la España? ¿Cuando los tránsfugas a sus sagrados empeños no hacían más que atizar el fuego de la discordia, multiplicar las calamidades de una guerra desastrosa o codiciar una colocación indebida con perjuicio del interés general de la patria y a la sombra del egoísmo más funesto?»

La polémica con fray Manuel Martínez se funde así con la argumentación ya empleada seis años antes frente al ataque del definidor Callosa. La única variante es el fondo concreto de persecución política con que Fernando VII supo prolongar en su lado negativo la crisis bélica. Quedaban muy lejos los días, en que siempre busca escudo Santander, de las andanzas misioneras del último cuarto del setecientos, cuando era apodado «el infatigable», porque «no queda ciudad, villa, lugar

(11) Fray MIGUEL DE SANTANDER: «Carta del Ilmo. Sr. ... a Fr. Manuel Martínez, mercedario calzado», en *Apuntaciones*, p. 234. Recogida también íntegramente en los *Nuevos documentos* (pp. 11 a 37), de su adversario.

(12) Fray MIGUEL DE SANTANDER: *Apuntaciones*, p. 30.

(13) Advertencia del editor, en *Apuntaciones*, p. III.

(14) Fray MIGUEL DE SANTANDER: *Apuntaciones*, p. 47.

ni aldea donde no haya predicado, confirmado y visitado». Con una constante actividad que no dejará de reconocer ninguno de sus críticos, con la única sombra de la acusación de un informante anónimo que, cómo no, se apresura a esgrimir Martínez: «en el año de 1808, y antes, el ilustrísimo Santander era bien conocido por su adhesión a los franceses y a sus máximas» (15). Martínez no ahonda más en ello, pero la difusa acusación tiene un fondo de veracidad que se comprueba al seguir los pasos de Santander en su acción misional durante el ocaso en España del despotismo ilustrado.

AUSTERIDAD MORAL Y CRISTIANISMO ILUSTRADO

A lo largo de los años en que fray Miguel de Santander se consagra a las labores típicas del misionero apostólico, su mentalidad sigue fielmente los cauces del cristianismo ilustrado. Cumple perfectamente los requisitos de virtud exigente y respeto a la razón que los pensadores del momento fijaran para apreciar la existencia religiosa (Sarrailh). Como ha visto Domínguez Ortiz, el movimiento misional fue un protagonista de primer orden en la vida social española a partir de 1750: «aquellos misioneros, aunque a veces predicaran ante grupos sociales especialmente escogidos, tenían como auditorio ordinario al pueblo entero, sin distinción de clases, reunido en la iglesia más espaciosa o en la plaza pública; en los mismos años en que el Estado absoluto igualaba a todos en la categoría de vasallos, el misionero practicaba una oratoria de raíz popular, niveladora, accesible a todos, mientras los últimos degenerados descendientes de la oratoria conceptista, satirizados magistralmente por el padre Isla, practicaban un arte refinado, dirigido a minorías selectas e inaccesible al vulgo.» (cf. *La sociedad española en el siglo XVIII*, pág. 154). De este contacto, teñido de una gran influencia sobre el pueblo, pudo nacer un fray Diego José de Cádiz, arquetipo del buen predicador según Menéndez Pelayo, pero cuya actuación ante la enseñanza de la economía en la Sociedad Económica de Zaragoza o en los días de la Revolución francesa, sólo puede calificarse de lamentable. Pero de él también nació, en otro sentido, la actitud crítica de Miguel de Santander; orientación que, más que en sus sermones, hemos de buscar en las cartas familiares y opúsculos que él mismo publica en 1805, siendo ya obispo. A través de ellos y, con frecuencia, leyendo entre líneas, asoman los rasgos distintivos de una personalidad intelectual

(15) FRAY MANUEL MARTÍNEZ: «Respuesta de...», en *Nuevos documentos*, página 75.